

Noemí Sabugal

Hijos del carbón



*Hijos del carbón* es un libro que se va a leer durante años y, por ello, solo se podía haber escrito ahora. En esta obra tan singular, mezcla de autobiografía, memoria, ensayo y reportaje, Noemí Sabugal narra sus recuerdos de infancia ligados a las minas de carbón y se embarca en un viaje por los principales entornos mineros de España: Galicia, Asturias, León, Palencia, Córdoba o Teruel. En cada una de las etapas conversa con trabajadores de los pozos, con políticos, con vecinos o con comerciantes, todos ellos afectados por una transición energética que conlleva el fin de una cultura y de una forma de comprender el mundo.

Las implicaciones económicas y sociales del cierre de las minas tendrán su correlato en las vidas de todos los «hijos del carbón», que ahora buscan un futuro nuevo y una nueva energía con la que poder ponerse de nuevo en pie.

*A mi bisabuelo Ricardo,  
a mis abuelos José y Santos,  
a mi padre José María*

*A mi bisabuela Olvido,  
a mis abuelas Primavera y Teresa,  
a mi madre Tere*

*A todas las familias mineras*

Tú sabes que somos los hijos de la piedra.

MIGUEL HERNÁNDEZ,  
*Los hijos de la piedra*

Hermano nuestro de la mina  
y del taller y del andamio,  
hermano de los olivares  
y de las redes del pescado,  
el pan que cuecen nuestros hornos  
para vosotros lo amasamos  
pero, del trigo hasta la boca,  
¡cuántos ladrones acechando!  
Está el hocico de la hiena,  
están las garras del milano,  
están los buitres con su pico,  
miles de dientes afilados.

ÁNGELA FIGUERA AYMERICH,  
«Canción del pan robado»,  
*Belleza cruel*

**Los abuelos**  
**○ la memoria como forma de iniciar un**  
**libro-viaje**

Mi abuelo José tenía una nube oscura en el pecho. Sus pulmones eran una esponja negra que había absorbido durante dos décadas el polvo del carbón. Había entrado en la mina de guaje<sup>[1]</sup>, con catorce años, para empujar las vagonetas con el mineral y limpiarlas, para cuidar a las mulas y llevar la comida a los mineros que trabajaban en las galerías más profundas. Cada día, después de caminar varios kilómetros desde casa, llegaba a la mina y comenzaba a respirar el polvo maldito. Así muchas horas al día, muchos días al año, muchos años de una vida que apenas había comenzado. El polvo entraba en los pulmones y mi abuelo, sin notarlo, se iba ahogando poco a poco.

Primero era polvo de la hulla del valle del Nalón, en Asturias. Una década después, polvo de la hulla del valle de Gordón, en la cuenca minera leonesa. Con treinta y seis años, mi abuelo José tenía veinte de vida laboral, silicosis de segundo grado y los pulmones de un hombre de setenta años. No había llegado a la mitad de su vida y tenía que jubilarse con una incapacidad permanente total.

Mi abuelo Santos se quedó enterrado en la mina tras una explosión de grisú, el gas asesino de las minas de carbón. La galería en la que trabajaba se vino abajo. Lo sacaron. Estaba muy grave. Lo llevaron al hospital, pero no mejoraba. En la cama, su cuerpo se agitaba por la fiebre y los espasmos. Un cura le dio la extremaunción. Mi abuela, con tres hijos entonces —después vendrían otros tres—, se preparó para lo peor.

Pero mi abuelo salió de la sala de espera de la muerte. Siempre lo atribuyó a un casi-milagro, a la intervención de un veterinario evangélico. Audelino González Villa se definía como veterinario, bibliófilo y heterodoxo, y era un hombre singular que atendía el ganado de la gente de esos valles. Cuando vio a mi abuelo en el hospital de la empresa, pidió a las enfermeras hablar con el médico que lo atendía. Lo llamaron a regañadientes. «Este hombre lo que tiene es tétanos», le dijo el veterinario al médico. Así me lo contó su hija Lydia casi medio siglo después, en el funeral de mi abuelo.

La explosión le había metido el carbón en la carne. Bajo la piel de sus manos, unas manchas negras recordaban aquella sepultura en vida. De pequeña me quedaba mirándolas, intrigada. Para mi abuelo Santos, la curación se produjo porque Dios le guiñó un ojo. Eso del suero antitetánico y la penicilina son ayudas que fueron saliendo al paso. Mi abuelo Santos se hizo evangélico. Se olvidó de la mina y se dedicó a la ganadería, hasta que se jubiló por el régimen agrario, con una pequeña pensión.

El abuelo asturiano y el abuelo leonés trabajaron en la misma empresa: la Hullera Vasco-Leonesa, en el valle de Gordón. En ella había estado antes mi bisabuelo Ricardo, al que no conocí, padre de mi abuela Primavera y suegro de José. Como otros asturianos, mi bisabuelo había llegado a León para trabajar sacando carbón y para poner distancia con un hogar lleno de malos recuerdos tras la Guerra Civil, con una cuenca golpeada por la represión de la posguerra. Su hermana había tenido un hijo con un *fugao*<sup>[2]</sup> al que después mataron. Se fue a Francia y allí tendría otro hijo y una hija.

Mi bisabuelo había vivido la Revolución de Octubre de 1934. En ella participaron miles de mineros asturianos. Durante la Guerra Civil, tras la caída de Asturias en manos de

los sublevados, se había *echado al monte* para evitar represalias. No sé mucho de lo ocurrido entonces. A mi bisabuela Olvido no le gustaba hablar de eso. Pero sí conozco una historia que, a pesar de los años, se ha mantenido viva. Ocurrió cuando mi bisabuelo estaba oculto, con otros hombres, en las montañas del municipio asturiano de San Martín del Rey Aurelio. Eran mineros y habían construido varios refugios, excavando y entibando bajo la tierra. Agazapados y con la humedad en los huesos, esperaban durante horas, entre la desesperación y el aburrimiento, las visitas de las mujeres que les llevaban comida.

El sistema era sencillo. En él participaban esposas, madres y hermanas que se turnaban. Las mujeres llevaban cestas, como si fueran a coger castañas o setas al monte, y en ellas escondían los alimentos. Un día, mi bisabuelo había bajado a casa, a visitar a mi bisabuela. Algunos de sus compañeros, entre ellos sus hermanos, estaban con él. Detrás de la casa, en un prado, habían hecho uno de esos refugios. No sé por qué pensaron que venían a detenerlos, si alguien avisó de algo u oyeron ruidos, pero se ocultaron. A mi bisabuela, para alejar sospechas del lugar, no se le ocurrió otra cosa que coger algo de leña y hacer una hoguera sobre la guarida. Esperó bastante rato. Cuando estuvo segura de que no había peligro, abrió la tapa del refugio. Allí encontró, casi asfixiados, a mi bisabuelo y a los otros hombres; el humo de la hoguera se había filtrado bajo el suelo. Nadie había ido a detenerlos, pero con su ocurrencia estuvo a punto de acabar con todos de una vez.

En una Semana Negra, el festival literario de Gijón, le conté esta historia al escritor asturmexicano Paco Ignacio Taibo II. «Eso tienes que ponerlo en papel algún día», me dijo. Taibo es autor de uno de los libros más exhaustivos sobre la Revolución de Octubre: *Asturias, octubre 1934*<sup>11</sup>. Para escribirlo, recopiló cientos de testimonios en los años setenta.

Mi bisabuelo y sus compañeros aguantaron en el monte algunos meses. Creo que se entregaron; pero tal vez los descubrieron, no estoy segura. Nunca se lo pregunté a mi bisabuela. Era muy joven como para preocuparme por estas cosas, aunque tenía la edad suficiente para detectar cuándo se toca un tema que todavía duele. El lenguaje de los silencios en las familias se aprende pronto.

Mi bisabuelo fue condenado a muerte. «La pena de muerte, en los primeros tiempos de la posguerra, se había insertado en las normas punitivas de los vencedores como la cosa más natural del mundo», explica el historiador Rafael Abella en su ensayo *Crónica de la posguerra 1939-1955*. Cuando pienso en esto, recuerdo esa escena cotidiana y trágica que imaginaba Francisco Umbral al comienzo de su novela *Leyenda del César Visionario*: «En un Burgos salmantino de tedio y plateresco, en una Salamanca burgalesa de plata fría, Francisco Franco Bahamonde, dictador de mesa camilla, merienda chocolate con soconusco y firma sentencias de muerte».

Cuando el chocolate del dictador comenzaba a espesarse con tantas sentencias y los recientes vencedores se dieron cuenta de que tenían decenas de miles de condenados a muerte y del lío que suponía matarlos a todos, se les ocurrió la idea de los batallones de trabajadores, el llamado Sistema de Redención de Penas por el Trabajo. Los presos iban a ser más útiles reconstruyendo el país que con una bala en la cabeza.

A mi bisabuelo lo salvó antes la casualidad, que es como suelen ocurrir las cosas importantes en la vida. El hombre que mandaba el pelotón de ejecución lo conocía y lo sacó de la fila. Después, en uno de estos batallones de trabajadores forzados, pasó unos cuantos años por varias provincias, haciendo carreteras y puentes y pantanos y perdiéndose la infancia de sus hijas.

Cuando aquellos hombres volvieron a sus casas —los que lograron superar el maltrato y las enfermedades y la

desnutrición—, ya no eran los mismos. A mi bisabuelo Ricardo, además de sus hijas y su mujer, lo esperaba de nuevo la mina, como una boca abierta dispuesta a tragarse todos los hombres que le dieran.

De la mina de carbón, esa garganta oscura, salen las palabras de este libro. Su voz parte del interior de la tierra y del de la autora, en primer lugar. Después se amplifica con otras voces. La letra de esta canción minera tiene diferentes orígenes, escritos y orales, y siempre estará incompleta. Es una música que se afina durante la prospección de un subsuelo individual y colectivo que conduce a múltiples vetas. Por eso es una composición en duda, intuitiva y proteica.

El laboreo de estas páginas, y lo que se pueda extraer de ellas de aprovechable, lo dedico a todos los hijos del carbón, hombres y mujeres. También a los que no lo son, pero quieren conocerlos.

«La vida es sobre todo no entender. Hay quienes abandonan y hay quienes insisten». Lo dijo la poeta Ida Vitale, pocos días después de recibir el premio Cervantes, en una entrevista que le hicieron para *El Cultural*. Hacer este libro es insistir en entender. Saber un poco más. Desconocer un poco menos.

Entre una ensalada de géneros, estas páginas son también una crónica de viaje. La mirada es bifocal: lo lejano y lo cercano, el paisaje y el paisanaje. Un reto óptico para una miope con inicios de presbicia. El cronista de viajes está «enfrentado al espacio —desmesurado— y al tiempo —finito— de su viaje, viviendo en una patria en la que, a cada paso, debe tomar la única decisión que importa: qué mirar», dice la periodista Leila Guerriero.

El recorrido va de los recuerdos a la actualidad, de lo histórico a la anécdota, del dato al paisaje, de lo prosaico a lo mítico y de lo trágico al humor. Como en un viaje, quedarán lugares por visitar y que no han podido ser contados.

Ni la vida ni la escritura lo pueden abarcar todo, al modo del Aleph borgiano. Por eso los ojos se fijan en aquello que interesa o que sale al paso y puede que olviden o ignoren otras cosas, que quedan así por descubrir y por escribir para otros autores, pues solo con diferentes miradas se conoce bien algo. Y eso puede llevar la vida entera.

En este libro-viaje ha habido momentos agradables y otros llenos de dudas. Muchas horas solitarias y otras con compañeros estupendos. Sobre todo Pablo J. Casal, conmigo en cada paso que doy, y algunos más que irán apareciendo en las páginas de este libro y en los agradecimientos al final, como modesta compensación al tiempo que me han dedicado.

Si la mochila ya está preparada, adelante. Nos mancharemos las manos y la cara de carbón y caminaremos por una senda que está a punto de quedar borrada.



## Frente de explotación

## I. Ayer lumbre, hoy cenizas

Cuando por el agujero del aro central de la cocina de carbón se veía el fuego, yo colocaba un vasito metálico con miel y limón para que se calentara. En mi infancia, los inviernos eran nevados y abundantes en dolor de anginas. Antes de templar el brebaje, que ni era milagroso ni lo pretendía, pero aliviaba, había que seguir un laborioso procedimiento para que los carbones prendieran y calentaran la gruesa chapa de hierro. Primero había que rascar los restos del día anterior. Eso se hacía con el gancho, hasta que las cenizas caían por la rejilla del fondo y se recogían en un compartimento alargado, una especie de cenicero gigante que pesaba un montón y que vaciábamos fuera. Después se abría el tiro del aire, en la pared. Tras esto, mi madre ponía unas hojas de periódico en el fondo de la cocina y, sobre ellas, un poco de leña. Rascaba la cerilla, prendía fuego a dos o tres esquinas de los papeles y comenzaba la magia de hacer desaparecer el frío que me azulaba las manos. Sobre la leña ardiendo, poco a poco para no asfixiar la llama, se iba echando el carbón con una paleta metálica. Con el gancho, se volvían a colocar los tres aros, y listo. A lo largo del día, se vigilaba y avivaba ese fuego con más carbón, el que mi padre y los otros mineros sacaban cada jornada a muchos metros bajo tierra.

El encendido de la cocina de carbón, trabajoso además de sucio, poco tiene que ver con las cocinas de ahora, eléctricas o de gas. Y qué decir del microondas, que calienta los alimentos haciendo que vibren sus moléculas de agua, cosa de brujería.

La cocina de carbón no sólo servía para cocinar. En el horno, además de hacer bizcochos y flanes, se calentaban las zapatillas y el ladrillo que por la noche se envolvía para llevarse a la cama. También caldeaba toda la casa, aunque esto sólo en teoría. En realidad, la mayoría de las casas en invierno tenían un único lugar caliente de verdad: esa cocina con el fuego de carbón.

Salir al pasillo era comenzar un paseo por Siberia. De noche, ir al baño, donde no había quien se apoyara en la tapa helada, era como la escena del váter de la película *El sexto sentido*. Después había que volver corriendo a la cama para que los fantasmas de la congelación no te agarraran y te cortaran los pies.

La cocina en la que calentaba aquellos vasos con miel y limón, ahora sustituida por una eléctrica, estaba en una casa que mi abuelo José construyó con sus propias manos. Y esta casa, rodeada de manzanos, perales y cerezos plantados por mi abuelo, en un pequeño lugar del mundo llamado Santa Lucía de Gordón, en León. Unas coordenadas geográficas —latitud: 42° 52'29", norte; longitud: 5° 38'16", oeste— donde caprichosamente me arrojaron a la vida, además de un curioso pueblo, o me lo parece a mí, cuyos vecinos son conocidos como *zorros*.

Santa Lucía pertenece al Ayuntamiento de La Pola de Gordón. Los habitantes de esta capital municipal son *gatos*, y con ella conforma este municipio de la montaña central junto a otros quince pueblos en los que viven *conejos* y *ratones*, Ciñera; *ranas*, Peredilla; *mosquitos*, Villasimpliz; *pardales*, La Vid; *capones*, Beberino; *moscos*, Geras; y *pájaros*, Paradilla<sup>[2]</sup>, además de los habitantes sin animalizar de Los Barrios, Buiza, Cabornera, Folledo, Huergas, Llombera, Necedo y Vega, por citarlos todos para que no me echen al pilón cuando vuelva.

Cuando nací, en 1979, había más de 7500 habitantes entre los diecisiete pueblos. Diez años más tarde, mientras me calentaba esos vasos de miel con limón para las anginas, eran 6519 habitantes, según el Instituto Nacional de Estadística. Otra década después, cuando ya llevaba un par de años cursando Periodismo en Madrid, el municipio tenía 5193 habitantes. En 2009, la población había descendido en un 22%, hasta los 4077 habitantes. Y el mordisco que muestran las estadísticas en esta última década suma otro 21% de caída, hasta los 3224 habitantes a principios de 2019.

La población de mi municipio es menos de la mitad que cuando nací y sólo ha pasado media vida. Yo también me he ido. El ecosistema de zorros, gatos, conejos y ratones, ranas, mosquitos, pardales, capones, moscos, pájaros y demás familia es cada vez más pequeño. Y no es fácil atraer a nuevos vecinos. Desde el Ayuntamiento de La Pola de Gordón, Beni Rodríguez, gerente de la Fundación Reserva de la Biosfera del Alto Bernesga, prefiere darme una nota positiva: en los últimos años la despoblación ha sido menos acelerada. «Se debe principalmente a muertes por envejecimiento, no por emigración de familias. Lo que debe hacernos ver que puede haber espacio para la diversificación económica y el trabajo de todos», dice.

Aun así, miles de gordoneses y de vecinos de los ayuntamientos cercanos viven en la capital leonesa o se han ido a otras provincias. El municipio de Gordón y otros de la montaña central (La Robla, Villamanín, Matallana, Vegacervera y Cármenes) no sólo han perdido habitantes, sino también servicios. Cada vez paran en ellos menos trenes y autobuses. El golpe final llegó en 2016, con el cierre de la mina. Sin ninguna otra empresa o empresas importantes para amortiguar el noqueo laboral, la montaña central cayó sobre la lona.

En Santa Lucía de Gordón, los dos colegios abiertos bajo el auspicio de la empresa minera, la Hullera Vasco-Leo-